

## UNA REVALORACION DEL CONSERVADURISMO AMERICANO

Están entrelazadas tantas direcciones ideológicas en el pensamiento programático de los dos grandes partidos políticos de los Estados Unidos que no siempre ha sido fácil definir sus doctrinas básicas y señalar en qué difieren filosóficamente. Puesto que cada partido reúne la adhesión de muchos grupos regionales y económicos cuyos intereses divergen en muchos aspectos, los programas de ambos reflejan una considerable agilidad para el compromiso ideológico. Esta es la democracia anglosajona en su mejor aspecto pragmático, pues, por lo que consigue en el terreno práctico habría sido imposible que los políticos tomaran las ideas políticas tan en serio como sus colegas de la Europa continental. Sin embargo, puede argüirse con cierto que durante los últimos cuarenta años el Partido Demócrata ha sostenido en general una política liberal y socialista mientras los Republicanos se han adherido más estrechamente a la tradición conservadora. De aquí que muchos millones de americanos sean conservadores, aunque no todos ellos puedan desear el uso de la etiqueta conservadora y ni siquiera estén familiarizados con el término. Sin embargo, es sólo ahora, más de veinte años después del advenimiento del «New Deal», cuando el conservadurismo se ha convertido en un notable tópico de discusión en la colectividad intelectual.

En realidad, hubo una larga serie de críticos que han atacado las pretensiones de los liberales rooseveltianos, su fe dogmática en la planificación y en los controles centralizados («Big Government»), su parcialidad hacia los poderosos sindicatos y su denuncia sumaria de las grandes corporaciones («Big Business»). Pero el impacto sobre la *intelligentsia* americana, antes de la Segunda Guerra Mundial, de los escritos de Von Mises, F. Hayek y Rus-

sell Davenport no fué suficiente para producir una controversia seria, ni siquiera para lanzar una revelación completa de la posición conservadora. En los años inmediatamente posteriores a 1950, el clima político cambió perceptiblemente el carácter de la discusión académica. Los libros de Russell Kirk, Viereck y Clinton Rossiter consiguieron la misma recepción respetuosa en las columnas de los grandes diarios y aun de los pequeños periódicos que aspiran a ser considerados conductores y renovadores. Aunque Rossiter, Viereck y Kirk difieren radicalmente acerca de la naturaleza del conservadurismo, lo que importa aquí es que todos se proclamaban a sí mismos conservadores y que recibieron gran aceptación, que, aun en los círculos intelectuales, la etiqueta conservadora no se considera ya como equivalente al apoyo de la «National Manufacturers Association», y, lo que es más importante aún, que el público parece mostrar una auténtica apetencia por las especulaciones literarias acerca del conservadurismo.

Se puede estar tentado de empequeñecer las consecuencias que manan de la agitación de los medios académicos a no ser por los movimientos perceptibles y masivos que han alterado la consistencia misma y la disposición de la sociedad americana. Los americanos tienen más cosas y pueden permitirse más tiempo para contemplar su bienestar y las oportunidades que viven con ese bienestar que nunca antes en la historia de su país y, además, de ningún país. El proceso de suburbanización se ha cargado de consecuencias sociales y políticas de las que los sociólogos académicos se han enterado plenamente sólo mucho después de que los intrépidos arquitectos y constructores y los éxodos masivos de habitantes urbanos habían creado un nuevo contorno social. Una creciente proporción de la población americana «ha vuelto al campo» por lo menos hasta el punto que millones de americanos adquirieron propiedades suburbanas o semirurales, una vivienda bien provista de utensilios modernos y una parcela de terreno. El desarrollo en América de una sociedad de Clase Media, previsto por de Tocqueville hace cien años, se ha completado virtualmente: aproximadamente la mitad de todas las familias americanas ganan más de 5.000 dólares al año y una de cada 13 gana 10.000 dólares o más. El desempleo es marginal y los grandes sindicatos y corporaciones han ajustado contratos en los cuales le está virtualmente asegurado al trabajador un *status* de empleado asalariado permanente y una pensión. Económicamente, los americanos tie-

nen todas las razones para ser conservadores: «Nunca habían tenido tantas cosas buenas».

Programáticamente, la izquierda americana, y con ella la facción norte del Partido Demócrata, ha sido obligada al uso de cuestiones marginales, tales como «poder público», «derechos civiles» e «igualdad agraria». Ninguno de ellos es, en la conciencia de las masas, una cuestión realmente candente. El problema de los «derechos» se reduce al de la «segregación», es decir, la remoción de aquellas barreras económicas y sociales que cercan a la población negra especialmente en todo el Sur y, aunque menos visiblemente, en la mayor parte de los Estados del Norte. Degradadamente, para el Partido Demócrata y su «élite» intelectual de las grandes ciudades y universidades del Norte, sus facciones norte y sur están mucho más profundamente divididas en este asunto que los republicanos. Estos se han ingeniado para ayudar al negro en su lucha por la igualdad económica y social sin duda con menos ambigüedad y acaso más consistentemente que los Demócratas. En suma, la izquierda ha sido privada de cuestiones interiores populares y ha sido conducida, por la fuerza de las circunstancias, a criticar la política exterior de la Administración para encontrar cuestiones de controversia de que pudieran aprovecharse en las contiendas electorales futuras. Pero la verdadera prosperidad del pueblo americano tiende a fomentar la complacencia en los negocios extranjeros. El clima doméstico es benigno; el americano medio tiene pocas razones para buscar un cambio radical del orden existente; la general sensación de bienestar, si no de profundo contento, favorece las tendencias conservadoras.

Sin embargo, las inclinaciones conservadoras no son en el pueblo lo bastante fuertes para nutrir un conservadurismo que proclame su posición ideológica y pida al pueblo apoyo directa y activamente. Las tendencias conservadoras en América reflejan una vaga actitud más que la atracción de una *ideé-force*. Los «slogans» del «New Deal» y del «Fair Deal» han perdido su magia, principalmente porque la mayor parte de sus promesas han sido cumplidas; los americanos ven pocas razones para jugar con conceptos marginales que constituyen el residuo de los programas radicales de los años treinta y cuarenta, en vez de gozar de los «buenos tiempos». Pero todos estos factores esencialmente negativos no se suman a la afirmación positiva de los principios conservadores. Todo lo que se puede discernir en las tendencias *populares* conservadoras.

proviene en gran parte de la prosperidad sin precedentes del país. De aquí que la causa conservadora en América está, hasta ahora, inextricablemente unida a la realización económica del sistema. Cómo pesa claramente la tradición conservadora contra el más mínimo retroceso económico se puede percibir en el cambio de la adscripción política de los granjeros del Medio-Oeste. Últimamente, el granjero del Medio-Oeste, tradicional espina dorsal del conservadurismo americano y sólido núcleo del Partido Republicano, ha respondido a una disminución de su renta monetaria rompiendo su conexión con los republicanos, el «Grand Old Party».

El conservadurismo en América es parcialmente una actitud, parcialmente una respuesta pragmática a un ambiente de abundancia nacional. La actitud no es estable y la respuesta, por ser pragmática, se hace con reservas. El sistema económico está permanentemente en prueba y la gran masa de americanos son espectadores de los trámites, encantados de la manera cómo se justifica el defensor, pero dispuestos a retirar su aprobación tan pronto como éste vacile. La desconfianza popular hacia los «Big Business», que es la herencia de la Gran Depresión y de la agitación del «New Deal», está ahora latente, pero puede despertarse fácilmente. La izquierda americana no se ha cansado nunca de representar los «grandes negocios» («Big Business») como el compendio de *todos* los negocios americanos y, por esto, de todo el sistema económico, identificando así negocios con conservadurismo. En todo el pensamiento popular interesado, la izquierda ha logrado esta identificación. Esta circunstancia es la que mejor sirve para explicar el paso vacilante y tímido del resurgimiento conservador en América. Más difícil resulta aclarar por qué los conservadores americanos y, especialmente sus portavoces intelectuales, aceptan batalla en el terreno escogido por sus oponentes. No obstante, la causa del conservadurismo no es siempre ni necesariamente la causa de los negocios y tiene conseguido, siempre que haya existido un motivo vital, un apoyo popular por títulos más comprensivos que la eficiencia de un sistema económico.

La ecuación de conservadurismo-negocios, falsa como es, ha impedido en América la búsqueda de una doctrina plena de valor que podría reunir las fuerzas conservadoras ahora latentes y dispersas. Para formular tal doctrina debería ser contestada esta pregunta: ¿Qué es el conservadurismo? En América, como en todas

partes, los conservadores, como sus contradictores, profesan devoción por el ideal de la libertad. Acerca de cómo definir y alcanzar este ideal, es asunto en el que no están de acuerdo. Aunque en la actualidad el ideal está siendo proclamado bajo todos los cielos políticos —¿no declaran los marxistas su amor por la libertad?— libertad que ahora soporta el ataque de peligros muchos mayores y más insidiosos que los que la han amenazado bajo los más crueles despotismos de la historia. La teoría conservadora de nuestro tiempo está interesada principalmente por la definición de libertad bajo las condiciones creadas por el crecimiento de la tecnología moderna y de la sociedad de masas. Los conservadores difieren de sus oponentes no en si el hombre debería ser libre, sino en cómo ordenar la sociedad política de modo que tanto orden como libertad puedan ser mejor asegurados.

Ya que la teoría conservadora moderna, como toda teoría conservadora, es una respuesta a otras ideas políticas, los conservadores no han entrado en la controversia con un compendio de principios en la mano. La profesión de fe de los conservadores no es en un sistema teórico complicado, sino en la comunidad conferida como un testimonio vital de las proezas de generaciones. Hubo tiempo en los que nadie se sintió llamado a hacer presente la causa del conservadurismo, pues las verdades por las que la sociedad se regía eran «evidentes por sí mismas», y los hombres no necesitaron una teoría con que sustituir esta fe.

La teoría conservadora busca así exponer de nuevo los principios subyacentes a la comunidad. La misión conservadora es afirmar la realidad —la inmensamente compleja realidad de razones, creencias, costumbres e indiosinracia que es la sociedad humana— contra aquellos movimientos políticos que quieren forzar la vida de la comunidad sobre el lecho de Procusto de fórmulas abstractas y sistemas omnicomprendivos ideados para rehacer la sociedad. El jacobinismo y el marxismo están ligados a los diversos totalitarismos de este siglo por ese arrogante racionalismo que concibe la sociedad como un experimento controlable y no como el producto de una facultad creadora racional y espontánea. Movimientos tales como estos no buscan cambiar la comunidad, por decirlo así, desde adentro, sino arrancarla de sus raíces. En nuestros tiempos están inspirados por varios esquemas que a pesar de todas sus diferencias doctrinales, tiene un concepto en común, a saber: el de «sociedad cerrada». Podemos llamar a una

sociedad «cerrada» cuando está ordenada de acuerdo con un plan preconcebido en el que todos los desarrollos están previstos y cada hombre tiene asignado un puesto. Este tipo de esquema para una total sujeción de la vida de la comunidad a una teoría perfecta, ha aparecido en muchas fases históricas. Es la expresión característica del pensamiento político de nuestro tiempo que deriva sus vacilantes certezas de analogías científicas o pseudocientíficas, aplicadas a los problemas sociales y políticos.

La teoría conservadora pretende mostrar el consentimiento verdadero que fermenta a la sociedad política, «la conexión —como escribe Gerhart Niemeyer— entre «el sistema político y la verdad trascendente que subyace..., los prejuicios que son la encarnación de las experiencias de las generaciones..., los patrones emocionales de la lealtad política y los principios de la tradición política y legal a los que el pueblo se ha armonizado».

Los conservadores no desean necesariamente resucitar el pasado. El conservadurismo no se opone a la idea de progreso; en realidad se podía hacer un buen argumento para la afirmación de que todo lo que de progreso ha sido realizado para el bienestar del hombre occidental se debe tanto, si no más, a desarrollos económicos y reformas sociales iniciados bajo dominio conservador, como a aquellos que los gobiernos liberales y socialistas pueden anotar en su haber. Donde los conservadores se apartan de sus contrarios es en el punto de que un cambio —y no todo cambio de los patrones establecidos comporta progreso como una cosa natural— aparta a un pueblo de su comunidad histórica y disuelve aquellas asociaciones espontáneas sin las que los códigos legales y las constituciones están vacíos y son maquinarias sin vida.

Las cuestiones actuales en que los conservadores deben fijar su posición no son las mismas en todos los países. En América, la cuestión central entre los conservadores y sus oponentes ha sido, en efecto, aunque no siempre explícitamente, el creciente poder de la burocracia federal, la consiguiente debilitación de las autoridades locales y la restricción de la iniciativa privada. Los conservadores han procurado restaurar y fortalecer el poder del Congreso frente al inmenso incremento del poder ejecutivo. Los intentos mantenidos durante los últimos años de reafirmar las prerrogativas legislativas del Congreso como un contrapeso al poder reglamentario de la Administración, reflejan más claramente

que ningún otro fenómeno político la posición básica de los conservadores. El anticomunismo en América debe ser visto, a pesar de sus lamentables excesos, no sólo como una saludable y genuina respuesta a los peligros exteriores contra la seguridad nacional, sino también como una reacción de todas aquellas ideologías que por «liberales» que sean promueven la causa del poder burocrático centralizado. Si el conservadurismo americano en su sector popular parece a veces alarmantemente ingenuo al asociar este o aquel movimiento con el totalitarismo está, sin embargo, más basado en una verdad fundamental que sus más sofisticados oponentes: la idea de que una *intelligentsia* embriagada con la «planificación» y el desenfrenado crecimiento del poder burocrático, no producen necesariamente al sumarse el totalitarismo, pero son condiciones características que preceden al nacimiento del poder totalitario.

En América, el conservadurismo ha conseguido el apoyo de no pocos intelectuales que representan sus principios vigorosa y claramente. La oposición, sin embargo, aún dirige la alianza de la masa de escritores académicos y sus simpatizantes en el periodismo. Mientras el conservadurismo trabaja así con un severo «handicap» cuando presenta su caso al público educado, sus dificultades en hacer oír su voz claramente no provienen de un «boycot» de la *intelligentsia*. La principal debilidad del conservadurismo americano radica en el hecho de que habla no con una, sino con varias voces, y que las disonancias frecuentemente sofocan la melodía.

Entre los muchos conflictos sin resolver dentro del campo conservador, el más importante gira alrededor de la empresa privada y la política exterior. Es natural que, puesto que el poder burocrático es un asunto crucial, la lucha para contener ese poder haya originado la alineación de varios grupos que no están necesariamente de acuerdo en otras cuestiones. Por ejemplo, algunos de los más poderosos aliados de los conservadores son aquellos «rabiosos individualistas» que se oponen a la intervención del gobierno en asuntos económicos como la auténtica esencia de la amenaza liberal-socialista al modo de vida americano. Como este punto de vista, si no es suavizado por la consideración de otros característicos valores americanos, tales como una conciencia social siempre vigilante y desinteresada, no es menos materialista que el marxismo, está abierto al ataque de ser crudamente egoísta y reaccionario. Este problema es característico de la lucha del

conservadurismo por su espíritu más en América que en Europa. La empresa privada bajo un limitado control gubernamental es una de las tradiciones americanas más apreciadas. Por esto, los conservadores la reconocen como una institución americana básica. Sin embargo, el conservadurismo americano busca aún una reconciliación filosófica que dé al magnífico «récord» del capitalismo americano su justo merecido y le coloque en la relación adecuada con otras tradiciones americanas no menos profundamente arraigadas. Algunas de éstas están desconectadas de la economía y una parte es hasta hostil al *laissez-faire*. Paradójicamente, sin la vigorosa afirmación de esto último, el fabuloso crecimiento económico del país habría sido imposible.

La otra cuestión más molesta para los conservadores americanos es la de la política exterior y, consecuentemente, la de la seguridad nacional. Aunque sus antagonistas están igualmente divididos en este asunto el dilema de los conservadores es peculiar. De una parte ellos se han comprometido más explícitamente que ningún otro credo político a luchar contra el comunismo en el interior y en todo el mundo, y en los años recientes han ganado su máximo seguimiento popular por su defensa de una política «dura» frente a los Estados comunistas y por su explotación de las equivocaciones en política exterior cometidas por la Administración Demócrata. Por otra parte, una política exterior «dura» exige, lógicamente, un gravoso gasto en armas y, por lo tanto, una tributación elevada, una organización civil y militar siempre dispuesta y, de aquí, la concentración de poderes excepcionales en manos de las autoridades federales, un complicado sistema de alianzas y, por consiguiente, compromisos de largo alcance con otras naciones, y de este modo una especie de «internacionalismo» que choca con algunas de las tradiciones más persistentes del pueblo americano. No se intenta aquí aclarar estas perplejidades que, repetimos, obsesionan a la mayor parte de los americanos, no importa de qué preferencias en política interior. Es suficiente decir que los conservadores americanos están frente a una alternativa aún más dura que la afrontan aquéllos de sus compatriotas que están menos claramente empeñados en extender la política de seguridad nacional y un presupuesto equilibrado junto con un mínimo de controles federales. Aunque el mérito de la posición de los conservadores no debería ser juzgado por su actitud frente a los problemas de la política exterior que trascienden las propias

limitaciones de cualquier teoría política, el destino del conservadurismo americano dependerá grandemente de cómo ajuste su filosofía con los hechos de la vida internacional más que con las realidades domésticas.

El conservadurismo americano no debe dormirse sobre un lecho de rosas: su pensamiento está turbado por una serie de dilemas intelectuales y prácticos de los que los más serios se derivan, lo que no es sorprendente, del impacto de la política mundial sobre una América tanto tiempo aislada. Pero el conservadurismo americano está dotado de grandes oportunidades y tiene una misión plena de significado. El sistema de valores tradicional de América, al contrario que los de algunos países de Europa y la mayor parte de los de Asia, está aún intacto. Contrario a todo análisis superficial, la fe religiosa, el amor al país, la responsabilidad social y la iniciativa individual son ahora, como en el pasado, los bundantes impulsos que nutren a la comunidad americana. Lo que es verdaderamente sorprendente de América no es la magnitud de su progreso nacional, sino cuánto de sus valores tradicionales está aún intacto. La máquina ha mejorado sin impedir el crecimiento de la talla espiritual e intelectual del hombre. Que la tecnología moderna y la democracia de masas contienen gérmenes de desintegración social no será negado por ningún hombre cuerdo. Pero ni la enorme abundancia de poder mecánico ni el principio mayoritario son incompatibles con la libertad individual ni con el respeto por la tradición. Si el conservadurismo americano realiza su tarea de mantener la balanza entre la gran economía, las fuerzas sociales desatadas por la tecnología moderna y el genuino sentimiento del americano medio de amor de las tradiciones e instituciones históricas de su país, entonces estará trabajando por su propia causa tanto como por el progreso universal.

El conservadurismo americano cuenta con ventajas de que no gozan los conservadores de países donde tantas cosas valiosas merecedoras de ser preservadas han sido destruidas y la posición conservadora ha de ser edificada desde el principio. En esos países, como, por ejemplo, Alemania, y, con alguna extensión, en el resto de la Europa continental, la tarea conservadora es en sentido literal una tarea progresiva. Es el futuro, más que el pasado, lo que debe incitar a la imaginación conservadora. El que tantos conservadores hayan fallado en comprender la verdad, la naturaleza dinámica de su tarea, está acaso en la raíz de su fracaso

en triunfar sobre las masas, especialmente sobre las masas trabajadoras de sus respectivos países. El movimiento conservador americano, precisamente porque debe escoger la auténtica ruta del progreso social y del proceso democrático, puede mostrar el camino para un resurgimiento conservador en todo el Occidente. Para los conservadores europeos, acostumbrados a considerarse como los depositarios de la tradición conservadora, esto puede parecer alarmante. Sin embargo, el conservadurismo, empeñado en una batalla mortal con fuerzas fundamentalmente regresivas, debería ser el último en esquivar las novedades. El conservadurismo no puede saltar por encima de su propia sombra que es la sombra de la tradición americana de progreso. Debe abrazar atrevidamente el presente y el futuro para conservar lo mejor del pasado.

ROBERT STRAUZ HUPÉ